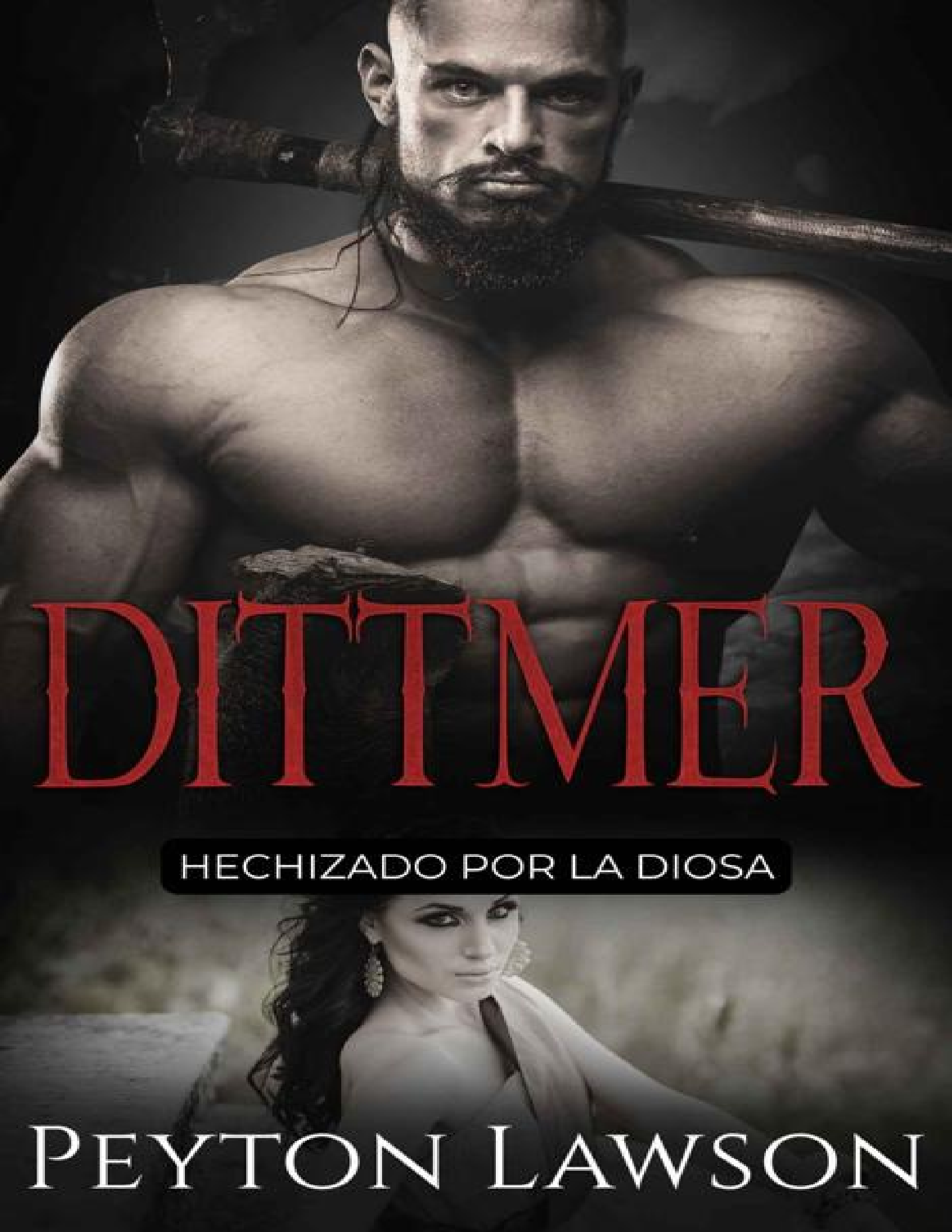

DITTMER
HECHIZADO POR LA DIOSA
PEYTON LAWSON

DITTMER

HECHIZADO POR LA DIOSA

PEYTON LAWSON

BEACHES AND TRAILS
PUBLISHING

Derechos de autor

Derechos de autor © 2021 por Peyton Lawson

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, escaneo o de cualquier otro modo sin el permiso por escrito del editor. Es ilegal copiar este libro, publicarlo en un sitio web o distribuirlo por cualquier otro medio sin permiso.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes retratados en ella son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Portada por HNJ Studio

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

Sobre la autora
Otras Obras de Peyton Lawson

PRÓLOGO

LOS RESIDENTES del asentamiento se limpiaron el sudor de la frente y estiraron sus doloridas espaldas. Habían pasado semanas desde que el fuego casi destruyó todo lo que apreciaban. El otoño se acercaba y necesitaban asegurarse de tener suficientes provisiones para el invierno antes de que llegara el frío. Afortunadamente, aunque los daños habían sido considerables, los daneses eran gente resiliente y aún contaban con suficientes personas para reconstruir.

En el centro del asentamiento se encontraba la choza que los hermanos Jürgensen utilizaban antes para sus consejos y planes de batalla. Ahora albergaba a sus prisioneros, lo que quedaba de Beecham y su familia. La choza estaba vigilada día y noche.

Sören, Dittmer y Ryker pasaron junto al nuevo hogar de sus *visitantes*, comprobando que los guardias se aseguraran de que todo seguía como debía. Una vez satisfechos de que Beecham y su familia estaban a salvo, seguros, bien alimentados y con agua, continuaron caminando, verificando el progreso de la reconstrucción. También había mucho que discutir sobre la información que habían logrado obtener hasta el momento. Lo poco que había.

—Llevamos semanas interrogando a Beecham. ¿Cómo es posible que solo sepamos lo que ya sabíamos? Quedarse con parte del Danegeld no es razón suficiente para matar a un hombre o iniciar una guerra con su familia. Tiene que haber algo que se nos escapa. ¿Qué más está ocultando? —se quejó Dittmer. Se estaba volviendo cada vez más impaciente con cada día que pasaba sin nuevos avances.

—Creo que una mejor pregunta es cómo obtenemos esa información. La amenaza de tortura no parece asustar a ese hombre —dijo Ryker, pateando una piedrecita y haciéndola volar varios metros por delante.

—Las acciones hablan más que las palabras —dijo Dittmer con una sonrisa ligeramente maliciosa.

—No, hermano, él es el monstruo, *nosotros* no lo somos —insistió Sören.

—Estaba bromeando, hermano, ya que Ryker parece haber perdido el sentido del humor —respondió Dittmer con un gesto despreocupado de su mano.

—No es el momento, hermano —susurró Ryker.

Caminaron hablando de estrategia, tratando de determinar la debilidad de Beecham para poder explotarla y obtener la información que necesitaban. Volvieron a considerar la idea de amenazar a su esposa e hijos. Al final, todos estuvieron de acuerdo en que era una mala idea. Beecham sabía que Sima había huido con su vikingo, Abjörn, por amor. Esto también significaba que sabía que difícilmente podrían cumplir cualquier amenaza contra la familia de Beecham. Abjörn, el mayor, les cortaría la cabeza a sus hermanos si se atrevían a ponerle un dedo encima a la madre o los hermanos de Sima.

—Es como si Beecham tuviera miedo de hablar. Sospecho que espera a su Rey. Quizás sea a él a quien realmente teme —dijo Ryker, con una expresión inquieta.

Si eso fuera cierto, su batalla era más grande de lo que pensaban. Los hermanos se sumieron en el silencio. Una guerra con toda Bretaña no era algo que ninguno de ellos quisiera contemplar. Pasara lo que pasara, necesitaban resolver esto antes de que el Rey se involucrara.

Su conversación se vio interrumpida cuando se acercó un jinete. Su caballo resoplaba fuertemente debido a la velocidad a la que galopaba. A medida que el jinete se acercaba, Dittmer lo reconoció como uno de los hombres que habían sido enviados de patrulla esa misma mañana.

—¿Tienes noticias? —preguntó Sören, con el ceño profundamente fruncido.

—Hemos encontrado al Jarl Halfden —habló el jinete mientras acariciaba el cuello de su caballo, permitiéndole a su montura un momento de descanso.

—¿Dónde? —preguntó Ryker con más fuerza de la que pretendía.

—Patrullamos la costa y lo encontramos allí. Está preparando una pequeña flota de barcos al otro lado de las colinas. Debe haber pensado que estaría fuera de la vista del asentamiento y que no lo encontraríamos. Pero lo hemos hecho. —El jinete habló con satisfacción mientras su caballo resoplaba y escarbaba el suelo con sus cascos.

—¿Cuántos? —preguntó Dittmer, sintiendo que su sangre se aceleraba.

—Tres barcos —habló el jinete con una sonrisa sombría, percibiendo lo que Dittmer planeaba a continuación.

¡Por fin, algo de acción! Dittmer corrió a buscar su caballo, gritando a sus hombres que siguieron su orden. —¡Venid, hombres! ¡El Jarl nos espera! —Su voz retumbó por todo el asentamiento.

Sus hombres se apresuraron, vitoreando en respuesta mientras agarraban sus armas y preparaban sus caballos. Dittmer pudo ver que sus hermanos, Sören y Ryker, no se quedaban atrás.

Lo detendrían en la playa si era necesario.

CAPÍTULO UNO

THESSALY HABÍA SIDO entregada al Jarl Halfden como un regalo. Luego él la entregó a sus vikingos. Eso fue después de que la presentaran a Lord Beecham. Había cambiado de manos tantas veces que había perdido la cuenta. Odiaba su vida como esclava, pero se aseguraba de ser útil. De lo contrario, podrían usarla para cosas impensables. La vida de una esclava no era vida. *Pero siempre hay otros que están peor que tú.* Se decía esto cada noche antes de dormir.

Su papel principal en su nueva vida era como ayudante de cocina. No era gran cosa, siendo un trabajo que cualquiera podía hacer. Le preocupaba no tener mucho valor y poder ser fácilmente intercambiada por alguien mucho peor que los vikingos si no fuera tan útil con sus manos. La tela se doblegaba a su voluntad. Su habilidad era incomparable. Podría no parecer una gran habilidad para otros, pero su capacidad para remendar velas hasta el punto de que parecían casi nuevas era lo que la mantenía en una vida algo cómoda.

Sabiendo su valor a bordo de sus barcos, estaba a salvo de avances no deseados. Los hombres a bordo estaban bajo amenaza de muerte si la dañaban. Eso no impedía las miradas lascivas y los comentarios groseros. Estaba harta de que los hombres le dijeran todas las formas en que la deseaban, y ponía los ojos en blanco cuando se exhibían, tratando de tentarla. Incluso si tuvieran un tamaño que pudiera hacerle cosquillas, preferiría saltar por la borda y perderse en el mar antes que acostarse con cualquiera de ellos. Era su prisionera, después de todo, pero no su puta.

Thessaly había pasado la mayor parte del día remendando otra vela. Le desconcertaba cómo lograban romper tantas. Sospechaba que tenía que ver con lo toscos que eran los hombres que el Jarl empleaba. Eran descuidados con sus herramientas y suministros, y desatentos al hacer su trabajo. Se preguntaba si tales rasgos podrían ser ventajosos para ella algún día y resolvió mantener una cuidadosa vigilancia. Con este pensamiento en mente, asintió y dobló la vela después de inspeccionar su trabajo antes de llevarla a cubierta para ser izada de nuevo donde pertenecía. Los hombres de Halfden habían estado preparando los barcos para un largo viaje durante las últimas semanas, y estaban casi listos para zarpar. Hacia dónde, no tenía idea.

Salió a cubierta, buscando al hombre adecuado para entregarle la vela cuando un ruido desde la orilla llamó su atención. Un pequeño ejército de vikingos a caballo y a pie cargaba hacia el barco. Las flechas volaban por el aire rasgando las velas que ya estaban izadas.

—Acabo de reparar esa vela —se quejó Thessaly mientras veía cómo la vela mayor se hacía pedazos.

Los hombres de Halfden se enzarzaron en batalla mientras otros luchaban por subir a bordo del barco. El caos estalló a su alrededor cuando hombres aparecieron de cada rincón del navío, blandiendo armas y pasando bruscamente a su lado. Su corazón latía con fuerza y se le secó la boca. Aterrorizada, divisó cajas y barriles de suministros que aún no habían sido llevados bajo cubierta. Se agachó detrás de ellos, asegurándose de tener una vista clara de lo que estaba

sucediendo.

Se acurrucó, fascinada y aterrorizada a la vez. Los hombres de ambos bandos eran brutos. Se cortaban entre sí como si estuvieran contentos de hacerlo. La sangre cubría la cubierta cerca de ella cuando varias flechas se clavaron en el pecho de uno de los hombres en cubierta. La cubierta tembló bajo los pies de Thessaly cuando su gran forma cayó pesadamente en un montón. Mientras se desangraba, su sangre fluía libremente, un río de gore que se acercaba cada vez más. Ella se encogió en una bola más apretada, tratando de evitarlo.

Mientras intentaba escapar de la sangre de los muertos que parecía perseguirla por la cubierta, se le ocurrió un pensamiento. *Escapar*. Estas extrañas costas inglesas podrían no ser la hermosa tierra de Grecia que una vez llamó hogar, pero era mejor que la vida a bordo de ese barco donde solo era una esclava. Se asomó por el costado del barco, buscando la mejor dirección en la que podría correr.

¿Por las colinas? Demasiado abierto. ¿A lo largo de la costa? De ahí vinieron estos otros vikingos. ¿Hacia el bosque? ¿Quién sabe qué criaturas lo llamarían hogar? Su mente corría. Fue entonces cuando sus ojos se posaron en él. Un gigante de un hombre imposible de ignorar, joven pero fuerte. Luchaba valientemente. Notó cómo hacía oleadas a través del campo de batalla, causando suficiente distracción para que los hombres a bordo comenzaran a correr para unirse a la batalla en tierra.

Su corazón se aceleró y la alegría llenó su ser mientras las costas de Inglaterra le hablaban. La llamaban. *Libertad.*

Se preparó para correr. Planeaba dirigirse a través del bosque, luego por las colinas donde los barcos del Jarl no podrían seguirla. Se puso de pie, haciendo su camino lentamente a través del barco, tratando de no parecer sospechosa cuando un grito la atrajo. Podía oír muchos gritos de dolor, pero este le hablaba, atrayendo su atención a pesar de sí misma. Miró por encima de su hombro y vio cómo el valiente vikingo que admiraba momentos antes caía al suelo.

CAPÍTULO
DOS

EN MEDIO DEL CAOS, Thessaly no se había percatado de que el Jarl había aparecido en cubierta. Se sobresaltó cuando lo oyó ladrar órdenes detrás de ella. Los atacantes estaban en inferioridad numérica y, mientras corrían en busca de refuerzos, Halfden apresuraba a sus hombres de vuelta a las naves.

—¡De vuelta a los barcos! Preparaos para zarpar antes de que regresen —bramó con una voz que sin duda se podía oír incluso en el extremo más alejado de la playa. Mientras sus hombres obedecían las órdenes, la siguiente orden del Jarl hizo que la sangre de Thessaly se helara.

—Reunid a los esclavos. Matad a cualquiera que no sirva para nuestro propósito —gritó, bajando como una tromba las escaleras hacia el escondite de ella.

Sabía que estaba a salvo, su habilidad para remendar velas sería muy necesaria en el viaje, pero eso no impidió que temblara de miedo. Las lágrimas inundaron sus ojos mientras veía a los aterrorizados esclavos en la orilla intentar luchar y huir, solo para que les cortaran el cuello o les aplastaran la cabeza. Puede que esta gente no fuera de su tierra natal. Puede que no los conociera muy bien o en absoluto. Pero lloraba por cada uno como si fueran de su propia sangre. Esta gente era inocente, y sus muertes eran sin sentido y crueles.

Este hombre es pura maldad, pensó Thessaly mientras su corazón se encogía en su pecho. Se obligó a no apartar la mirada. Observaría si esta gente iba a ser asesinada a sangre fría y perdida en la historia. Mientras la vida se escapaba de sus ojos, memorizó sus rostros. *No habéis muerto solos*, rezó, esperando que los muertos pudieran oírla y encontrar la paz.

Halfden aún no había terminado.

—Matad también a los heridos. Nos ralentizan, y no permitiré que sean capturados y revelen algo a nuestro enemigo —gritó, con el rostro contraído por la ira y el asco mientras pisaba la sangre derramada por su mano. Sacudiéndose la sangre de la bota, ordenó a gritos a sus hombres que se detuvieran. Thessaly siguió la línea de visión del Jarl y observó cómo examinaba el cuerpo inconsciente del hombre gigante. Hicieron falta tres de los hombres del Jarl para sostenerlo.

—El emblema. Mirad lo que tenemos aquí, muchachos. El más joven de los Jürgensen —gritó para que todos sus hombres lo oyeran. Su rostro finalmente esbozó una sonrisa. Thessaly prefería con mucho su cara nublada por la ira; su sonrisa la aterrorizaba.

—Llevadlo a la bodega. Tengo uso para él —se burló Halfden, conduciendo a sus hombres de vuelta a bordo.

Thessaly miró de nuevo hacia la orilla; todavía podía escapar. La costa estaba despejada. Pero se volvió para mirar al prisionero, algo la llamaba. Solo tenía unos momentos para tomar su decisión. El plan se formó rápidamente en su mente. Antes de que el Jarl subiera a bordo, se mantuvo agachada y se apresuró a bajar a la bodega, ocultándose en las sombras detrás de unas

cajas de suministros. Contuvo la respiración mientras los tres hombres arrojaban al prisionero por las escaleras. Cayó con un doloroso golpe a solo unos metros de donde ella se acurrucaba. Se movió entre las sombras para tener una mejor vista mientras lo arrastraban para ponerlo de pie y lo ataban a una viga de soporte.

Una vez que estuvo segura de que los hombres habían vuelto a cubierta, salió sigilosamente de las sombras. Después de todos los horrores que había presenciado ese día, toda la muerte y el dolor, necesitaba saber si estaba vivo o si era otra víctima de la maldad de Halfden. Vigilando la puerta por si alguien volvía, acunó el rostro del prisionero con sus manos mientras lo examinaba. Tenía la cara húmeda de sudor. Un hilo de sangre brotaba de la comisura de su boca. Lo observó atentamente mientras las linternas colgadas alrededor de la bodega proyectaban una suave luz sobre su rostro.

Tenía facciones cinceladas, una mandíbula fuerte y una nariz ancha. Trazó una pequeña cicatriz sobre su ojo derecho, y él dejó escapar un leve gemido. Thessaly exhaló un suspiro de alivio.

—Gracias a los dioses —susurró. Su corazón no podía soportar otra muerte ese día.

CAPÍTULO
TRES

DITTMER COMENZÓ A DESPERTAR. La cabeza le palpitaba y la visión se le nublaba. Todo lo que podía ver era oscuridad y la silueta mal iluminada de una mujer. Sintió la mano de ella en su rostro y le gustó cómo se sentía. Se encontró inclinándose hacia la caricia mientras entraba y salía de la consciencia.

—Por fin he llegado a los salones del Valhalla. Dime el nombre de quien me recibe —dijo, con voz apenas audible.

Thessaly intentó despertarlo. Se acercó un poco más para susurrarle al oído, para no alertar a los hombres en la cubierta.

—Me llamo Thessaly. Te necesito. Necesito que despiertes —susurró, con el corazón acelerado ante los inicios de un verdadero pánico.

Su aroma masculino le llenó la nariz, y cerró los ojos, inhalándolo, encontrando calma y paz en ese olor.

Dittmer giró ligeramente la cabeza hacia la dulce voz que le hablaba. El acento era diferente. No era un acento danés como pensó que lo recibiría, pero estaba feliz de todos modos.

—Soy Dittmer, el menor de los hermanos Jürgensen. ¿Acaso un valiente guerrero como yo recibe un beso de bienvenida al entrar al Valhalla después de mi arduo viaje? —divagó, frunciendo los labios y girando el rostro hacia ella.

Thessaly casi accedió antes de retroceder. Le dio una bofetada tratando de despertarlo y hacerle ver dónde estaba realmente: en la bodega del barco de Halfden, no en los salones del Valhalla.

Cuando él gimió, con el rostro arrugado por el ardor de la mano de ella en su mejilla, ella suspiró. Frustrada y necesitando su ayuda, miró alrededor. La luz de la escotilla de arriba, que no había sido cerrada correctamente, iluminaba las cuerdas que lo ataban.

Estudió las cuerdas, desenredando los nudos en su mente. Tenía un rompecabezas en su casa en Grecia cuando era niña que hacía que liberar a Dittmer fuera un juego de niños. La parte más difícil fue tirar de las cuerdas para liberarlo. Dittmer era considerablemente más alto que Thessaly, y ella tuvo que ponerse de puntillas para alcanzar sus muñecas por encima de su cabeza. Su peso tensaba más las ataduras, pero afortunadamente logró liberarlo.

De repente, sin nada que lo sostuviera erguido, cayó hacia adelante, directamente en los brazos de Thessaly. Ella tropezó y cayó al suelo, atrapada bajo su gran peso. Sobresaltado por la caída, Dittmer poco a poco volvió en sí, apoyándose en un brazo y frotándose el golpe en la cabeza con el otro.

Thessaly miró su rostro. Ahora que estaba despierto, pudo mirar profundamente en sus impresionantes ojos verdes. Mientras él intentaba orientarse, se movía encima de ella, aparentemente ajeno a su presencia debajo de él. Mientras se frotaba contra ella, no pudo evitar

sentirse excitada. Le gustaba cómo se sentía él encima de ella.

—Oye, ¿te importaría levantarte? No puedo moverme —sonrió con picardía, liberándose.

—¿Dónde estoy? —preguntó él, mirándola finalmente, con el rostro lleno de confusión.

—En el barco de Halfden. Estás en la bodega —respondió ella, poniéndose de pie y alisándose el vestido. Los ojos de Dittmer se demoraron en ella. Su vestido estaba rasgado desde el tobillo hasta el muslo, exponiendo su hermosa piel olivácea. Su cabello era largo hasta la espalda y tan brillante como el sol.

Volviendo a la realidad, sus palabras calaron hondo, su rostro se endureció mientras se incorporaba y marchaba hacia las escaleras detrás de ella.

—¿A dónde vas? —preguntó ella, con voz queda.

—A matar a Halfden —gruñó. Su visión se enfocó en la puerta mientras su nueva misión se cementaba en su mente.

Thessaly envolvió ambas manos alrededor de su abultado bíceps y usó todo su peso para intentar detenerlo. Fue en vano. Él era demasiado fuerte. Corrió frente a él, bloqueando su camino. Finalmente, él se detuvo y la miró desde arriba. Sus ojos le suplicaban que no se hiciera matar.

Algo en sus profundos ojos marrones conectó con él, y se quedó dispuesto a escuchar.

—No seas tonto. Estás solo y desarmado. Hay demasiados de ellos allá arriba. Detente y piensa, ¿quieres? —insistió, dándole golpecitos en la sien.

Dittmer contuvo una sonrisa. Algo en ella le hacía querer reír, y este no era momento para risas.

Pasos desde arriba los alertaron a ambos. Thessaly comenzó a respirar pesadamente, sus ojos se agrandaron de pánico.

—Alguien viene. Rápido, vuelve a donde estabas. Necesitamos que parezca que sigues atado. Si descubren que te ayudé, me matarán como a los otros esclavos, y aún no estoy lista para morir.

Se apresuró, empujándolo hacia atrás con todas sus fuerzas, pero fue inútil. Dittmer no se movía. Ella levantó la mirada hacia sus ojos, con lágrimas bordeando sus pestañas.

—Por favor —suplicó, alzando una mano para tocar su rostro, de la misma manera que lo había hecho cuando él despertó por primera vez.

Su toque pareció hacerlo volver. Él la miró y encontró sus ojos hipnóticos. Haría cualquier cosa que ella quisiera. Dittmer accedió, sin más vacilación, mientras ambos se apresuraban a hacer que pareciera que no había sido liberado. Observó cómo Thessaly se escabullía entre las sombras y perdió su ubicación cuando ella se desvaneció en la oscuridad. Le impresionó lo hábilmente que podía esconderse.

CAPÍTULO
CUATRO

DITTMER SE PREPARÓ para el ataque cuando un joven muchacho bajó las escaleras. Estaba vestido como todos los demás, así que Dittmer supo que era uno de los hombres del Jarl y no un esclavo. El chico debía tener unos quince años y parecía asustado mientras se acercaba a Dittmer llevando una bandeja con comida.

—Me ordenaron traerte esto. No es mucho, pero debemos mantenerte alimentado e hidratado. El Jarl no quiere que mueras de hambre —balbuceó el joven muchacho.

—¿Y cómo propones que coma con las manos atadas sobre mi cabeza? —preguntó Dittmer. Una leve sonrisa se dibujó en su rostro. Por supuesto, no estaba realmente atado. Ya no, gracias a la hermosa Thessaly.

El chico se quedó paralizado, pensando. —Yo... eh... no puedo desatarte. Podrías atacarme —tartamudeó, y la bandeja que llevaba temblaba en sus manos temblorosas.

Dittmer se preguntó cómo se había involucrado el muchacho con el Jarl. Claramente le tenía miedo a su propia sombra; no duraría ni cinco minutos en una pelea real. Alto pero puro hueso y piel, Dittmer dudaba que pudiera siquiera levantar una espada.

—Podría alimentarte —dijo el chico, muy complacido con su idea mientras colocaba la bandeja sobre un barril cercano.

—¡Ja!... Prefiero morir de hambre —se rio Dittmer, mirando fijamente al chico, sus ojos clavados en los suyos.

—Puede que cambies de opinión más tarde cuando te gruña el estómago. Pero no esperes demasiado, se enfriará y las ratas podrían comérselo por ti —dijo el chico antes de irse.

—Espera, ¿cuántos años tienes? —preguntó Dittmer cuando la curiosidad pudo más que él.

—Catorce —respondió el chico.

—¿Cómo te involucraste con el Jarl? No pareces tener la fuerza para levantar un cuchillo, mucho menos una espada —dijo Dittmer.

El rostro del chico se entristeció de repente y bajó la mirada al suelo. Curioso, Dittmer decidió que necesitaba escuchar más del muchacho. En parte porque necesitaba información sobre el tipo de hombres que Halfden tenía bajo su mando, en parte porque sentía lástima por el chico.

—Sabes, tengo un poco de hambre. ¿Puedes darme algo de ese pan? —preguntó Dittmer, inclinando la cabeza hacia la comida. Tenía que admitir que el olor le estaba dando hambre.

El chico partió cuidadosamente un trozo y lo acercó para que Dittmer lo tomara. Una vez que el chico se dio cuenta de que Dittmer no le mordería la mano, habló. —Soy bueno con el arco. Puedo disparar a una ardilla en el ojo desde una buena distancia —dijo con orgullo, dándole a Dittmer un segundo bocado de pan—. En realidad, soy un rehén... bueno... un esclavo, pero me niego a usar esa palabra —dijo antes de que una voz desde la cubierta lo sobresaltara.

—Lo siento, debo irme. Me necesitan en cubierta —dijo frenéticamente, subiendo las escaleras corriendo, tropezando con sus propios pies antes de cerrar la puerta detrás de él y asegurarla firmemente.

¿Un esclavo que viste la armadura del Jarl? Sea bueno o no con el arco, los esclavos generalmente se usan como sirvientes. Halfden debe no tener las fuerzas que asumimos, pensó Dittmer, su mente corriendo confundida.

Thessaly salió sigilosamente de las sombras. Dittmer estaba tan perdido en sus pensamientos que había olvidado que ella estaba allí hasta que la vio.

—Percibo tu confusión. ¿Qué te gustaría saber? —preguntó mientras Dittmer bajaba los brazos, estirando sus hombros musculosos para desenredar los nudos.

—¿El Jarl tiene muchos esclavos? —preguntó Dittmer, finalmente cediendo y atacando su comida. Se sorprendió de lo bien que sabía. Le ofreció a Thessaly algo de pan, y ella lo aceptó felizmente.

Ella suspiró profundamente antes de comenzar su historia. —No tantos como solía tener. No después de hoy, de todos modos —dijo, y Dittmer oyó la tristeza en sus palabras.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, metiéndose un poco de queso en la boca.

—Después de que tú y tus fuerzas atacaron, Halfden ordenó que mataran a los heridos y a cualquier esclavo sin propósito. No quería que lo retrasaran o que corrieran el riesgo de ser capturados y revelar información a sus enemigos —dijo Thessaly. Cerró los ojos al ver a todos los esclavos siendo asesinados sin piedad. El recuerdo la apuñalaba.

—¿Por qué te perdonaron a ti? —preguntó Dittmer.

—Vengo de una tierra llamada Grecia. Me tomaron como esclava por mis habilidades de tejer. ¿Viste esas velas? Yo las reparé todas cuando otros pensaron que eran inservibles.

Dittmer dio vueltas a sus palabras en su mente. Había oído hablar de su tierra natal y sabía que estaba muy al sur, pero nunca había tenido la oportunidad de viajar tan lejos de casa.

—No pensé que el Jarl hubiera estado tan lejos en el mar. ¿Cuándo viajó a Grecia? —preguntó Dittmer, preguntándose cuántos otros tesoros similares habría adquirido el hombre.

—No lo hizo. Fui capturada por traficantes de esclavos y viajé a Inglaterra. Me entregaron al Rey, quien luego me dio como regalo a Lord Beecham como agradecimiento por asegurar la costa. Después de eso, Lord Beecham me dio como regalo al Jarl por su ayuda —terminó.

Sus palabras sobresaltaron a Dittmer. ¿Asegurar la costa? ¿Qué pasaba con el asentamiento? ¿Cómo había asegurado Beecham la costa?

—¿Cómo puede ser eso? El asentamiento que mi gente llama hogar está en la costa. Esa línea de costa pertenece a los vikingos —dijo Dittmer, su ceño fruncido tan profundamente que casi tocaba su nariz. No podía entender nada de lo que ella estaba diciendo. Culpó al golpe en su cabeza por su confusión mientras se frotaba el punto aún sensible en la parte posterior de su cabeza.

—No, Lord Beecham se deshizo del líder vikingo. Beecham le dio bienes, oro, a mí y a algunos otros esclavos a Halfden a cambio de lograr la salida de todos los vikingos de la costa —Thessaly fruncía el ceño mientras hablaba.

Su explicación solo dejó a Dittmer más confundido. El asentamiento aún estaba en pie. Lo que ella decía explicaba por qué el Jarl se estaba marchando; había sido sobornado. Pero, ¿dónde dejaba eso al asentamiento? ¿Qué significaba eso para Dittmer y sus hermanos? Miró hacia Thessaly, sus brazos envueltos alrededor de ella mientras temblaba. El sol comenzaba a ponerse, y la poca luz que tenían abandonaba la cabina.

—Estás temblando. Ven aquí, podemos compartir el calor corporal bajo mis pieles —dijo

Dittmer, sentándose contra una caja y quitándose las pieles de los hombros. Thessaly lo miró, con confusión y preocupación en sus ojos.

—No muerdo —se rio. Lentamente ella se acercó, como un cordero asustado acercándose a un lobo. Tentativamente, se sentó junto a él, pero aún estaba a un brazo de distancia. Poniendo los ojos en blanco, Dittmer la atrajo hacia sí y cubrió a ambos con sus pieles. El movimiento del barco meciéndose pareció calmarla mientras lentamente se acurrucaba más profundamente bajo su brazo, apoyando su cabeza en su pecho.

CAPÍTULO
CINCO

EL DÍA DIO paso a la noche, y el aire frío del mar se coló por las grietas alrededor de la escotilla del barco de madera. Thessaly se acurrucó más cerca de Dittmer. Las pocas linternas que colgaban alrededor de la bodega habían comenzado a apagarse, dejándoles poca o ninguna luz. Thessaly se estremeció; no por el frío, sino por los pensamientos que cruzaban su mente sobre la bestia de hombre al que se aferraba y la sensación de sus manos ásperas a su alrededor.

—Sigues temblando —comentó él antes de sentarla en su regazo y envolverlos en sus pieles. Al apretarla contra sí, su mano rozó el muslo de ella a través de la hendidura de su vestido. Le gustaba la sensación de su piel. Era como deslizar los dedos sobre seda.

Dittmer también notó cómo la respiración de ella se había vuelto pesada. Sabía lo que eso significaba. O se sentía atraída por él o le temía. Por la forma en que sus manos exploraban su pecho y sus brazos, tenía su respuesta.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, mirándola a los ojos mientras ella recorría con sus manos sus hombros y su pecho. Ella lo miró sin miedo, con los ojos vidriosos y un atisbo de lujuria.

—Intento mantenerte caliente como tú lo haces conmigo —respondió ella, con una voz tan baja que podría haber perdido sus palabras de no haber estado atento a ellas. Sus sílabas entrecortadas se mezclaban con el chapoteo de las olas y los crujidos del barco al moverse sobre el agua. Él asintió y deslizó su mano por las piernas de ella, por su espalda, y se detuvo en su pecho.

Ella tembló ante su tacto, echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos, permitiendo que sus sentidos le hicieran sentir cada movimiento. Thessaly apoyó la cabeza en su hombro, estirando el cuello para presionar suavemente sus labios contra su clavícula y luego su cuello.

Disfrutando la sensación de los labios de ella sobre su piel, inhaló profundamente, saboreando su aroma. Llevó la mano de ella a sus labios, dejando un rastro de besos suaves y tiernos por su brazo, su hombro, su cuello.

Thessaly emitió un suave gemido desde el fondo de su garganta. Dittmer se detuvo. Estaba disfrutando estar tan cerca de ella y experimentarla de una manera que nunca había experimentado con nadie antes. No ignoraba que esto era una mala idea para ambos. Dittmer estaba orgulloso de ser vikingo y siempre había planeado tomar una esposa vikinga cuando llegara el momento adecuado. Al mismo tiempo, esta mujer poseía una belleza que nunca había visto y una valentía que admiraba. Si la atrapaban ayudándolo, seguramente la condenarían a muerte.

A regañadientes, se admitió a sí mismo que no podía permitir que las cosas fueran más lejos entre ellos.

Si iba a yacer con ella, no quería forzarla, como imaginaba que otros habían hecho. La vida

de una esclava era bien conocida. Los horrores que los hombres les hacían se comentaban en voz baja en todas las tierras. Si alguna vez decidía yacer con ella, quería que ella también lo deseara.

Thessaly acunó su rostro entre sus manos y frotó suavemente su nariz contra la de él. Cuando se inclinó para besarlo, él se apartó.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, un poco sobresaltada por su cambio de actitud. Parecía estar disfrutando solo momentos antes.

—No te forzaré. No tomaré simplemente lo que quiero. Soy un hombre de honor —dijo, más para sí mismo que para responder a su pregunta. En su mente, convirtió estas palabras en un mantra, un recordatorio de por qué esto era una mala idea.

Thessaly examinó sus facciones mientras su rostro se volvía de piedra. Se echó hacia atrás, saliendo apresuradamente de su regazo, envolviéndose con el borde de su piel. Le dio la espalda, un poco ofendida.

—No me estabas forzando. Yo estaba dispuesta —susurró.

Estaba claro que no había pretendido que Dittmer la oyera, pero lo hizo. Dittmer se giró sobre su costado, dándole la espalda, sin saber qué hacer. Incómodos, ambos intentaron conciliar el sueño. Mañana sería otro día y traería nuevos desafíos.

A pesar de lo cansados que estaban, el descanso no llegó fácilmente para ninguno de los dos.

CAPÍTULO
SEIS

THESSALY PODÍA oír los suaves ronquidos de Dittmer mientras se sumía en un profundo sueño. Pero el sueño la eludía a ella. Cansada, inquieta y llena de energía contenida, no podía quitarse de la cabeza su encuentro anterior con él bajo sus pieles. Así que decidió hacerse útil. Buscó suministros que pudieran usar mientras se refugiaban en la bodega: una manta, pescado seco, cualquier cosa para hacer su tiempo juntos un poco más tolerable.

Mientras trabajaba, se acercó a la escotilla. Las voces en cubierta la hicieron detenerse. Reconoció una de las voces. Era Halfden. Lentamente, se acercó sigilosamente a las escaleras, escuchando atentamente en la puerta.

—¿Creo que ustedes dos andan dudando de su líder? ¿Haciendo demasiadas preguntas? —dijo la voz de Halfden. Thessaly no necesitaba ver su cara. Podía oír la sonrisa malévola a través de la madera.

—No, señor —tartamudeó una voz, y el miedo del hombre se transmitió a Thessaly mientras empezaba a comprender lo cerca que estaba de lo que rápidamente se estaba convirtiendo en una situación muy peligrosa. Empezó a temblar y su pulso se aceleró.

—Oh, así que ahora me mientes —Halfden se rio entre dientes. Thessaly conocía esa risa. Era la señal de Halfden. Hacía ese sonido cada vez que planeaba hacer algo que le revolvía el estómago. La bilis le subió a la garganta.

—Han estado cuestionando cómo piensa usted convertirse en el nuevo Rey de Dinamarca —dijo Njal, el segundo al mando de Halfden. Thessaly reconoció su voz al instante. Nadie habló. En cierto modo, el silencio era más aterrador que la mala intención en las palabras de Halfden. Finalmente, el silencio se rompió.

—Nuestro prisionero allá abajo es el hijo menor de la familia que es heredera del actual Rey —comenzó Halfden. Thessaly podía oír sus pasos mientras caminaba lentamente de un lado a otro—. Los hijos del Rey, los siguientes herederos legítimos al trono... murieron misteriosamente, todos bajo diferentes y trágicas... condiciones inexplicables —continuó Halfden.

—Los hermanos Jürgensen estarán tan distraídos por su hermano desaparecido y la reconstrucción de esa monstruosidad que llaman hogar, que no están prestando atención a lo que deberían. Mientras corren como insectos, yo viajaré de vuelta a Dinamarca y mataré al Rey —les informó Halfden.

Thessaly se llevó la mano a la boca mientras jadeaba sorprendida por lo que estaba escuchando.

—Todo eso está muy bien, señor, pero ¿qué hay del siguiente heredero? ¿Cómo se llama?... ¿Abjörn? —preguntó Njal en tono burlón.

—Me alegro de que preguntes, Njal. En su prisa por encontrarlo... simplemente no lo harán

—dijo Halfden, y Thessaly pudo oír la sonrisa en su voz; se le heló la sangre. Pero no podía apartarse. Necesitaba escuchar el resto de su plan para tener algo que contarle a Dittmer. Esta información podría ser importante para él.

—Tres barcos... dos misiones. Yo iré a Dinamarca y me encargaré de este Rey, mientras que las otras dos embarcaciones rodearán hacia el otro lado del asentamiento. Sí, tomará un poco más de tiempo que navegar directamente allí... pero nos verían venir por la ruta directa. Desde el otro lado del asentamiento, serán tomados por sorpresa por el ataque —dijo, sus pasos se detuvieron abruptamente, pero sus palabras continuaron.

Njal se rio entre dientes. —Mi Jarl, estos cobardes conocen su plan... cada... último... detalle.

—Así es —dijo Halfden con fingida sorpresa. Guardó silencio por un momento—. Mátenlos —ordenó.

Thessaly no esperó a oír sus gritos de clemencia ni a que los cuerpos cayeran. Olvidándose de los suministros, corrió escaleras abajo hacia un dormido Dittmer. Frenéticamente, lo sacudió, tratando de despertarlo. Él necesitaba escuchar el plan del Jarl antes de que fuera demasiado tarde.

CAPÍTULO
SIETE

—DESPIERTA, Dittmer, despierta —insistió Thessaly, golpeándolo repetidamente cuando él se negaba a despertar.

—Soy Dittmer, ahora déjame dormir —gruñó él, enrollándose más en sus pieles.

—Dittmer, ¡es Halfden! Tienes que despertar —dijo ella, poniéndose de pie y dándole una patada en el trasero.

Dittmer se puso de pie de un salto, Thessaly dio un paso atrás, sin saber si la ira en su rostro estaba dirigida a sus intentos forzosos de despertarlo o a las noticias sobre Halfden.

—¿Qué pasa con Halfden? —resopló para despertarse.

Thessaly le contó todo lo que había escuchado y todo lo que sabía sobre su segundo al mando, Njal. Le informó que Njal era tan malvado y vengativo como Halfden. Probablemente por eso se llevaban tan bien. Dittmer miró a su alrededor, abriendo cajas y barriles, buscando cualquier cosa que pudiera usar como arma.

—¿Qué estás haciendo? Te van a oír —dijo ella, agarrándolo, tratando de detenerlo. Estaba haciendo tanto ruido que estaba segura de que un guardia fuertemente armado irrumpiría por la puerta y los atraparía a ambos en cualquier momento.

—Debo detenerlo —dijo él, liberándose de su agarre.

—Nos vas a matar a los dos. Por favor, detente y piensa un minuto —suplicó ella, tirando de su brazo nuevamente. Esta vez él se detuvo y se volvió hacia ella; su rostro rojo de rabia. Al ver su cara asustada, se suavizó. No había querido preocuparla, pero necesitaba detener a Halfden.

—No puedes subir y pelear, hay demasiados. Además, no tienes un arma. —Su voz era un susurro—. ¿Qué crees que ha hecho con tu hermano? ¿Cómo lo llamó? —preguntó, escudriñando su memoria en busca del nombre.

—¿Abjörn? No estoy preocupado por él. En primer lugar, es el mejor guerrero que conozco. Él me enseñó a pelear y a usar todas las armas posibles. Ya está en Dinamarca. Deja que el Jarl vaya allí. Abjörn lo matará —dijo con una sonrisa burlona, como si ya estuviera viendo a su hermano derribar al Jarl en su mente.

—Apenas pareces preocupado. ¿Qué hay de los otros barcos?

—Si conozco a mis hermanos, ya tendrán refuerzos persiguiéndonos. Nuestros barcos son muchos comparados con la patética flota de Halfden. Solo necesito retrasarlos lo suficiente para que puedan alcanzarnos antes de que los otros barcos se dirijan hacia el asentamiento —dijo, pasando junto a ella hacia la puerta.

Ella agarró su brazo de nuevo, deslizándose detrás de él ya que su fuerza no era rival para la de él.

—Por favor, no son solo sus hombres los que están arriba. Hay otros esclavos como yo. Piensa en ellos. Probablemente los matarán en el fuego cruzado si atacas —suplicó.

Dittmer se detuvo, conflictuado. Sabía lo que necesitaba hacer. Sabía lo que quería hacer, pero sus palabras lo apuñalaron como una daga en el corazón. Halfden había matado esclavos solo para evitar ser ralentizado. Probablemente personas inocentes serían asesinadas de nuevo si Halfden simplemente perdía los estribos o pensaba que uno de ellos lo había ayudado. Fue entonces cuando su mente se trasladó a Thessaly, envuelta en sus brazos. Probablemente ella también sería asesinada. Aunque Dittmer vivía para la lucha y quería su venganza, nunca mataba a nadie sin propósito, y no iba a permitir que se derramara sangre inocente porque actuara demasiado pronto.

—Tengo una idea —dijo Thessaly de repente, agarrando su brazo con emoción.

Dittmer se volvió hacia ella con curiosa diversión. ¿Qué plan podría tener ella que pudiera ayudarlos?

—Lo que está hecho puede ser deshecho —dijo con una sonrisa.

Dittmer aún no seguía su línea de pensamiento. Arqueó una ceja interrogativamente, cruzó los brazos y esperó a que ella lo pusiera al tanto de la gran idea que le causaba tanta alegría.

—Yo reparé esas velas. Puedo deshacerlas con la misma facilidad. —Sonrió, y Dittmer se dio cuenta de que le gustaba verla sonreír. Tenía un hoyuelo en cada mejilla cuando la sonrisa se apoderaba de su rostro. También le gustaba lo rápido que ella mezclaba su propia misión de escape con su venganza. Había sido intercambiada de un lado a otro, probablemente experimentado cosas inimaginables, pero la vida no la había quebrado. *Fuerte como una mujer vikinga,* pensó.

—Es demasiado peligroso. ¿Y si te atrapan? —preguntó, dándose cuenta de repente de que no quería que ella estuviera en peligro.

—Soy una esclava en este barco. A menudo subo al mástil para verificar que todo esté bien con las velas. Nadie sospechará nada —insistió.

Después de pensarlo un momento más, Dittmer le devolvió la sonrisa. Era un buen plan. Si ella podía derribar las velas, sus hermanos los alcanzarían en poco tiempo. Él también podría usar la distracción para escabullirse por el barco y eliminar a tantos hombres como pudiera.

—Thessaly, eres brillante. Este plan podría funcionar. Me escabulliré a la cubierta y me mantendré oculto. Te protegeré si alguien sospecha —dijo, contagiándose de su emoción.

—¿Qué puedo decir? Te vi pelear antes de que te derribaran. Tu valentía y rapidez de pensamiento en la batalla me inspiraron —dijo radiante.

Dittmer arqueó una ceja y su pecho se hinchó de orgullo. ¿Ella lo había estado observando? Esto era nuevo. Le gustaba la idea de que ella lo espiara, admirando su valor. ¿Qué más de él la había inspirado? Su mente divagó sobre las posibilidades.

Dio un paso más cerca de ella, acunando su rostro con una mano y colocando la otra en la parte baja de su espalda, acercándola más a él. Se erguía sobre ella, y ella tuvo que arquear la espalda y estirar el cuello para mirarlo a los ojos.

—¿Sigues dispuesta? —respiró.

Ella lo miró, alcanzando su clavícula - lo más alto que podía - —sí —susurró con una sonrisa.

Dittmer se inclinó, para que ella no tuviera que forzar mucho más su cuello. Presionó suavemente sus labios contra los de ella y recibió el beso que ella le devolvió cuando finalmente pudo envolver sus brazos alrededor de su cuello. Su lengua invadió su boca, y él masajeó su lengua en respuesta, pasando su mano por la parte posterior de su cuello acariciando su cabello. Notó cómo ella contenía una risita. Su cuello debía ser cosquilloso. Se separó y acunó su cuello, perdido en sus ojos.

Dittmer siempre había estado tan decidido en su plan de casarse con una chica danesa que compartiera su amor por el peligro y los mismos valores. Sin embargo, mientras se perdía en la mirada de Thessaly, no podía imaginar encontrar a una chica que deseara más que a ella. El pensamiento lo sobresaltó. Su estómago dio un vuelco y, por primera vez, entendió cuando las mujeres decían que sentían como si sus entrañas estuvieran llenas de mariposas cuando estaban con el hombre adecuado. Era una sensación de emoción como ninguna otra, al darse cuenta de que le gustaba la idea de que ella fuera suya.

—Continuaremos esto más tarde —sonrió, finalmente soltándola y dando un paso atrás.

—¿Aunque no sea danesa? —preguntó ella con una sonrisa traviesa. Dittmer se quedó paralizado, absorto en sus palabras. ¿Cómo sabía sus pensamientos? ¿Era una bruja? ¿Podía leer su mente? La observó agarrar una pequeña cesta y llenarla con provisiones de un barril. Parecería menos sospechosa si aparentaba estar en medio de sus tareas.

—¿Cómo has...? —comenzó, deteniéndose, asombrado y un poco preocupado por ella. Ella se rio, mirando por encima de su hombro mientras se acercaba a la puerta.

—Hablas dormido —le guiñó un ojo, girándose y agitando las manos burlonamente—. Ella hermosa, pero necesito novia danesa —dijo con la voz más masculina que pudo, sonriendo todo el tiempo.

Dittmer se rio.

—¿Te burlas de mí?

Tocándose la nariz con el dedo y señalándolo, le dio otro guiño.

Cuando ella alcanzó la puerta, él la agarró una última vez, atrayéndola para otro beso. Ella era algo diferente, y amaba cada parte de ella.

—Te mantendré a salvo, mi querida Thessaly —dijo, agachándose en las sombras mientras ella se giraba para abrir la puerta. *Mi querida Thessaly*, pensó.

CAPÍTULO
OCHO

AÚN ERA TEMPRANO. La cubierta estaba vacía y los hombres dormían. Los únicos que estaban en cubierta se hallaban ocupados con sus tareas. Thessaly le hizo señas a Dittmer para que se acercara, llevándose los dedos a los labios para indicarle que guardara silencio. Señaló hacia el horizonte donde destellaban relámpagos, largas franjas que corrían de nube a nube. Se estaba gestando una tormenta. Esto no era bueno. Una tormenta podría retrasar a sus hermanos o forzarlos a cambiar el rumbo. Era el momento de actuar. Tendrían que ser rápidos.

Dittmer se escabulló de vuelta a la bodega, dejando la escotilla entreabierta para vigilar de cerca a Thessaly. Ella desapareció de su campo de visión y él se preocupó, listo para saltar y arrancarle la cabeza a cualquier hombre que le hubiera puesto las manos encima. Se obligó a esperar y ver qué sucedía. Se quedó espiando por la rendija, mordiéndose el labio y moviendo la rodilla ansiosamente. *Esto está tardando demasiado. Algo debe haber pasado*, pensó. Pero justo cuando estaba a punto de irrumpir por la puerta, Thessaly volvió a entrar sigilosamente.

—Toma, espera a que caigan las velas antes de salir. No hay muchos hombres en cubierta ahora, pero darán la alarma en cuanto se den cuenta de lo que estoy haciendo —dijo, entregándole un pequeño cuchillo, un cuchillo de carnicero de la colección privada del cocinero, junto con una pequeña hacha. Arqueando una ceja ante su elección de armas, se las guardó en las botas y el cinturón. Alzó la mirada para verla vestida con ropa que había robado de algún lugar. Se erguía orgullosa, pareciendo toda una princesa guerrera vikinga. Su princesa. Su reina. Su corazón dio un vuelco y su entrepierna se estremeció ante la visión. Ya no le importaba que no fuera danesa.

Sin querer perder tiempo antes de que llegara la tormenta, Thessaly salió sigilosamente de la bodega. No era momento para más palabras, aunque pudiera pensar en qué decir. En su lugar, se concentró en la tarea que tenía entre manos. Si alguien la veía, pensaría que era solo otro de los hombres del Jarl.

En silencio, trepó por el mástil. Con destreza, sus dedos tiraron de varios hilos. Era una tejedora hábil, pero incluso ella conocía los puntos débiles de su trabajo. Apretó más las piernas alrededor del mástil cuando el barco se sacudió con el viento. Mirando hacia fuera, notó lo cerca que estaba el barco de los otros. Observó la dirección de la corriente y esperó un segundo. Estaba ganando tiempo. Un nuevo plan comenzó a formarse. Ralentizaría los tres barcos haciéndolos chocar entre sí.

Cuando vio que la distancia entre los barcos se acortaba un poco más a medida que el viento arreciaba, tiró del último hilo. Como una grieta en un río congelado, los hilos se desprendieron de varias partes de la vela, y jirones de tela cayeron a la cubierta como hojas de un árbol en otoño. Sin la vela mayor, los fuertes vientos se engancharon en las pocas velas más pequeñas, haciendo que el barco diera vueltas y girara, chocando contra el otro barco y forzando a los tres

navíos a enredarse.

En ese momento, una voz retumbó, dando la alarma. Mientras los hombres saltaban de sus camarotes, apresurándose a ver qué era todo ese alboroto, Dittmer salió de un salto de la bodega como un monstruo de las profundidades, armado hasta los dientes. Con el hacha en una mano y el cuchillo de carnicero en la otra. Dittmer cortaba a los hombres con la furia de Asgard mientras se le echaban encima en oleadas. Lanzaba a los hombres por la borda como si fueran muñecos de trapo. Puede que tuvieran la ventaja numérica, pero carecían de la furia y el empuje de Dittmer.

Al ver a dos hombres acercándose sigilosamente por detrás de Dittmer, Thessaly agarró una cuerda del mástil y se balanceó hacia abajo, pateándolos con fuerza mientras arremetía contra ellos, enviándolos por la borda con fuertes gritos de derrota.

Dittmer se giró para ver qué pasaba y vio a Thessaly enfrentándose a un hombre que la miraba como si fuera un pedazo de carne. Ella sacó una pequeña y fina daga de su cintura. A Dittmer le recordó a una aguja de coser, de lo delgada que era. Pero eso no impidió que Thessaly causara algunos daños con ella. Era hábil en más de una forma. Esquivaba los ataques casi como si estuviera bailando, y mientras los hombres contra los que luchaba se distraían con sus movimientos sinuosos y el balanceo de sus caderas, ella usaba su daga de aguja para cortar gargantas y apuñalar ojos.

Mi diosa griega, pensó Dittmer, rebosante de orgullo.

—Tengo otro plan. Volveré enseguida —gritó por encima del hombro a Dittmer. Él miró a su alrededor, a punto de detenerla de hacer algo imprudente cuando ella desapareció bajo cubierta. Dittmer miró al hombre que Thessaly había matado y se dio cuenta de que llevaba el cinturón del Llavero.

¿Qué está planeando? No había tiempo para reflexionar más sobre esto. Volviendo a los hombres, bloqueó ataques, aplastando huesos y enviando hombres a su muerte en el fondo del mar. El caos de la tormenta que se acercaba, los barcos chocando entre sí. Las velas que fallaban y el elemento sorpresa. Todos estos factores encajaban como piezas de un rompecabezas.

Podemos hacerlo. El plan de Thessaly es un éxito, pensó Dittmer, sintiendo crecer la esperanza dentro de él. Detrás de él, oyó vítores y gritos de batalla. Mirando alrededor, no pudo ver ningún otro barco. ¿De dónde podía venir el sonido?

De repente, un gran grupo de hombres de aspecto andrajoso irrumpió desde debajo de la cubierta llevando grandes remos de madera. *Los remeros*, pensó Dittmer. Thessaly se abrió paso entre la multitud mientras atacaban a los hombres de Halfden, quitando algo de presión a Dittmer.

—¿Has reunido a los remeros? —preguntó cuando ella se acercó.

Ella negó con la cabeza sonriendo.

—He liberado a los esclavos y siervos. Se merecen venganza por los seres queridos que han perdido a manos de Halfden —dijo con orgullo y pesar en los ojos.

Cada cosa nueva que aprendía sobre esta mujer lo hacía enamorarse más y más de ella.

—¡Cuidado! —gritó ella cuando los hombres se balanceaban desde el otro barco. A medida que los vientos acercaban más las embarcaciones entre sí, los hombres trepaban por los mástiles cortando cuerdas, tratando de liberarse del enredo con el otro barco. El barco se inclinaba de un lado a otro mientras las olas golpeaban. Dittmer se mantenía firme sobre sus pies, probablemente por haber pasado la mayor parte de su vida en el mar, pero los hombres del Jarl no compartían esa habilidad. Mientras se tambaleaban y perdían el equilibrio, Dittmer, Thessaly y los remeros continuaban su batalla con mayor éxito.

—¡No dejen que escape! —gritó la voz de uno de los remeros, señalando el costado del barco

que empezaba a separarse de las otras embarcaciones. Thessaly y Dittmer siguieron la línea de visión del hombre. El Jarl había logrado escabullirse sin ser visto y saltó al otro bote, seguido rápidamente por Njal. Dittmer cargó hacia ellos, pero el barco se alejó demasiado rápido, ensanchando la brecha más allá de lo que él podía saltar. Dittmer miró furioso mientras el Jarl le hacía señas. Su habitual sonrisa malvada y retorcida se extendía de oreja a oreja.

¿Cómo ha logrado escapar de nuevo? pensó Dittmer, golpeando con el puño la barandilla del barco, gritando su frustración a través del mar.

CAPÍTULO
NUEVE

EL TRUENO RUGIÓ mientras los relámpagos iluminaban el cielo. La lluvia caía fuerte y copiosa, empapando a todos hasta los huesos en cuestión de segundos. La lucha se volvió más difícil a medida que los barcos se balanceaban inestablemente sobre las olas, y la cubierta se volvía resbaladiza. Todos luchaban por mantener el equilibrio, resbalando y deslizándose. Dittmer usó esto a su favor, mientras que Thessaly utilizaba el mástil para ganar altura, balanceándose hacia abajo y aprovechando bien la ventaja de poder atacar desde arriba.

—Barco a la vista —gritó una voz distante desde el barco en retirada del Jarl. Una nueva embarcación había aparecido aparentemente de la nada. El barco recién llegado navegó directamente hacia el del Jarl, forzándolo a retroceder y acorralándolo entre los dos.

—¡Mis hermanos! Sabía que nos alcanzarían —vitoreó Dittmer mientras sacaba su hacha del pecho de un hombre caído. Su largo y espeso cabello se pegaba a su rostro, nublándole la vista. Se lo apartó para obtener una visión más clara del barco.

Thessaly se balanceó alrededor del mástil, con su cabello empapado ondeando tras ella en el viento, enviando un escalofrío por sus huesos. Aferrándose a una cuerda con una mano, deslizó su afilada hoja por el cuello de uno de los pocos soldados restantes del Jarl mientras pasaba volando y se soltó, aterrizando con gracia frente a Dittmer.

Thessaly miró para ver hombres saltando de un barco a otro, abriéndose paso entre Halfden y sus hombres con facilidad. Thessaly podía ver el parecido familiar en el rostro de más de un gigante. Pero lo que más llamó su atención fueron las dos mujeres que luchaban con ellos. Una parecía una noble, pero manejaba el arco tan bien como cualquier hombre. La otra mujer caminaba con cojera, pero no dejaba que eso la detuviera. Ocasionalmente se apoyaba en un hombre tan alto e intimidante como Dittmer, aunque parecía mayor.

—¿Quiénes son ellas? —preguntó Thessaly, señalando a las dos mujeres, con los ojos abiertos de admiración.

Dittmer soltó una fuerte carcajada y levantó su hacha en el aire, gritando un grito de batalla casi melódico. Dos hombres se detuvieron y giraron, buscando en el barco el origen del sonido. Cuando fijaron sus ojos en Dittmer, alzaron sus armas sobre sus cabezas y repitieron el grito con salvaje deleite.

—No son los hermanos que pensé que nos alcanzarían. Son Abjörn y Erik. ¡De vuelta de Dinamarca! —sonrió, tomando a Thessaly por la cintura y saltando al otro barco. El estómago de Thessaly dio un vuelco temiendo que la dejara caer. No sabía nadar y temía ahogarse. Pero Dittmer nunca la dejaría caer, la sostenía firmemente en sus brazos, y a ella le encantaba cómo sus músculos se amoldaban a su forma. *Estos brazos fueron hechos para mí*, pensó mientras se recostaba en su abrazo.

Con los refuerzos, las probabilidades ahora estaban igualadas, y tan rápido como comenzó, la

lucha terminó. Dittmer y sus hermanos celebraron su victoria, y los esclavos y siervos en los barcos vitorearon con ellos. Vitorearon aún más fuerte cuando el hermano de Dittmer, Abjörn, les concedió a todos su libertad. Los vítores rápidamente se convirtieron en silbidos de odio y desdén. El otro hermano de Dittmer, Erik, y su esposa, Astrid, arrastraron a un Jarl Halfden atado y amordazado a la cubierta.

—No escaparás esta vez, serpiente traidora. Pagarás por tus crímenes —bramó Abjörn.

Empapada por la tormenta, cubierta con la sangre de los muertos, uno pensaría que Thessaly estaría congelada de frío. Pero no, su sangre corría cálida, llena de adrenalina por la lucha y lujuria por Dittmer. Había luchado más duro que nunca, esta era su primera batalla oficial, la primera vez que tenía que usar las habilidades que le enseñó su padre. Quería impresionar a Dittmer, pero una parte de ella también quería protegerlo. Ver su figura varonil atravesar a sus enemigos como un cuchillo en la mantequilla, verlo ayudar y proteger a los esclavos que eran demasiado débiles para luchar; Las imágenes nadaban en su mente haciendo que sus pezones se endurecieran a través de su ropa empapada. Lo deseaba como antes; como aquella noche que se acurrucaron bajo sus pieles para calentarse. Pero ahora, estaba hambrienta. No solo lo quería. Lo necesitaba.

—Entonces, ¿qué pasa ahora? —preguntó ella.

Dittmer se volvió hacia ella; su rostro estaba serio. Estuvo a su lado en dos largas zancadas, levantándola en sus brazos para que no tuviera que lastimarse el cuello mirándolo hacia arriba. Bajó sus labios a los de ella sin decir palabra, y ella le correspondió. Había algo extrañamente excitante e intoxicantemente estimulante en una batalla inminente. Ambos lo sentían.

—Ahora, mi dulce grieguita, volvemos a casa y castigamos al Jarl por sus crímenes —dijo después de romper el beso.

Ella miró sus profundos ojos marrones. —...¿y después?

Él sonrió y la besó profundamente una vez más, esta vez con más pasión, y cuando rompió el beso, sus ojos ardían de hambre, un hambre por ella.

—Entonces, mi amor, el mundo es nuestro —susurró.



LOS HERMANOS LLEGARON de vuelta al asentamiento, encontrándose en la bahía con el barco que los otros hermanos acababan de lanzar para ir tras Dittmer. Juntos regresaron al asentamiento, triunfantes y con mucha alegría.

Fueron recibidos con muchos vítores por su regreso seguro. Pero la alegría se transformó en silbidos y voces que gritaban "asesino" cuando Erik y Abjörn sacaron al Jarl de la bodega del barco. Todo el asentamiento estaba listo para la justicia.

Había asuntos que resolver. Todos tenían cosas que discutir.

Después de encerrar al Jarl en los recién construidos aposentos para prisioneros, los hermanos se reunieron con sus esposas en la cabaña de Abjörn para planear lo que sucedería a continuación.

—No desearía nada más que atravesar a Beecham con mi espada —dijo Erik, con una mirada cautelosa a Sima. Ella permaneció impasible ante su comentario. Había empezado a endurecerse cuando se trataba de su padre. Sus crímenes habían eliminado cualquier amor que ella tuviera por él—. Pero no debemos hacer nada que inicie una guerra con el Rey de estas tierras. Beecham y el Jarl son una cosa. No tenemos las fuerzas para luchar contra todo el ejército del Rey —continuó Erik.

—Tampoco queremos que viaje a Dinamarca y continúe una guerra que nosotros iniciamos —dijo Sören.

Los hermanos se miraron entre sí, esperando que alguien encontrara una respuesta a su dilema. Beecham estaba arrodillado y encadenado en medio de la habitación. Dittmer estaba de pie sobre su hombro, vigilando, siempre con un ojo atento a Thessaly, quien se había adaptado fácilmente a la vida en el asentamiento. Dittmer estaba feliz de ver cuán rápidamente las esposas de sus hermanos la habían aceptado.

Sima dio un paso adelante, mirando con desprecio a su padre.

—Lo hemos encerrado en lo que queda del castillo Beecham... —comenzó ella, observando cómo los ojos de su padre se iluminaban. Él pensó que iba a ayudarlo, pero estaba equivocado—. Como prisionero —continuó.

Su padre intentó ponerse de pie de un salto, pero Dittmer lo mantuvo en su lugar con una mano firme sobre su hombro.

—¿Prisionero en mi propia casa? ¿Por mi propia sangre? —ladró. Abjörn se recostó, observando a su amada, sabiendo que no tenía de qué preocuparse. Ella había demostrado que podía cuidarse sola.

—Al menos eres prisionero en tu propia casa. A mí me enviaste lejos. ¿No es así, padre? —preguntó fríamente, arrodillándose para mirarlo directamente a los ojos. Quería que viera el dolor y la traición en su mirada. Beecham apretó los labios. No podía discutir exactamente con esa afirmación.

—¿Quién gobernará mi castillo si soy un prisionero? —preguntó finalmente. Sima se puso de pie con elegancia, una sonrisa dibujándose en su rostro, mientras miraba a su esposo—. El siguiente heredero —comenzó, guiñándole un ojo a Abjörn con picardía—. Yo. —Miró a su padre, cuyos ojos estaban abiertos de par en par y la mandíbula caída por la sorpresa—. Y mi esposo, por supuesto.

Lord Beecham comenzó a protestar, pero se calló rápidamente cuando Sima sacó un cuchillo y lo sostuvo contra su garganta. Dittmer y Ryker lo escoltaron de vuelta a los aposentos de los prisioneros antes de volver al siguiente asunto en la agenda. El Jarl. Dittmer y Ryker arrastraron a Halfden, quien pataleaba y gritaba, dentro de la cabaña, obligándolo a arrodillarse para responder a los cargos presentados contra él.

—Halfden, debes responder por tus crímenes —comenzó Abjörn.

—Contrataste a Beecham para matar a nuestro padre. ¿Lo niegas? —tronó Abjörn.

El Jarl no respondió. Miró con rostro pétreo, sin querer incriminarse más.

—Conspiraste contra nuestro Rey. ¿Lo niegas? —preguntó Abjörn, aún más fuerte esta vez mientras su paciencia se agotaba. Una vez más, el Jarl no dijo nada. En su lugar, escupió a los pies de Abjörn.

Ryker balanceó su brazo y golpeó a Halfden en la nuca.

—Puede negarlo todo. Incluso puede negarse a hablar. Pero veamos qué tiene que decir cuando los testigos de sus crímenes y las admisiones de culpabilidad hablen por él —dijo Thessaly. El rostro de Dittmer se iluminó de orgullo al ver cómo ella se mantenía desafiante frente al hombre que una vez la intercambió como si no fuera más que un pedazo de carne.

Thessaly se dirigió a la sala—. Tengo varios compañeros esclavos que tienen pruebas de tus crímenes contra su padre y tu Rey. También tengo un testigo que habla de tu participación en la muerte de los hijos del Rey —dijo.

La cabaña estalló en murmullos. Dittmer la miró confundido. Ella no había mencionado esta información antes.

—Mentiras —bramó el Jarl antes de que Dittmer lo golpeara en la cabeza nuevamente.

—Eres tan arrogante, alardeando de tus acciones. Crees que cortar gargantas y enterrar cuerpos mantiene ocultas tus confesiones. Pero no, la lealtad es una ilusión. La gente solo permanece leal mientras sirves a sus necesidades —dijo ella, y la realización golpeó al Jarl como un martillo en la cabeza.

—¡No! ¿Convenciste a Njal? —preguntó Halfden, con miedo atravesándolo mientras el sudor perlaba su frente.

—Oh, sí. Cuando se enfrentó a perder su vida, suplicó misericordia y te ofreció en bandeja de plata para salvar su pellejo —concluyó Thessaly triunfante.

Tenían todo lo que necesitaban: testigos, un plan para mantener seguro su nuevo hogar y una forma de finalmente obtener justicia para su padre. Halfden tendría que viajar de vuelta a Dinamarca para enfrentar la ira del Rey.

—Entonces, está decidido. Erik y Dittmer viajarán de vuelta a Dinamarca y presentarán al Jarl y a Njal ante el Rey para que respondan por sus crímenes. Thessaly, ¿viajarás con mi hermano? ¿Llevarás a los esclavos de los que hablas? —preguntó Abjörn, extendiendo su mano para que ella la tomara. Ella envolvió su pequeña mano alrededor de su enorme antebrazo y asintió.

—Los esclavos, ¿serán liberados? —preguntó tentativamente.

—Ya no son esclavos —concluyó Abjörn, y Thessaly dejó escapar un suspiro que no se había dado cuenta que estaba conteniendo.

Los hermanos se abrazaron antes de partir para pasar la noche. El día había sido agotador, y se necesitaba descanso para el viaje que les esperaba. Abjörn y Sima se prepararían para tomar el Castillo Beecham, con un plan de reconstruirlo a alturas aún mayores de las que había tenido anteriormente, dejando a Sören y Firtha para liderar el asentamiento. Erik y Dittmer viajarían a Dinamarca y Ryker. Bueno, Ryker se había relajado desde que los destinos del Jarl y Beecham habían sido sellados. Había vuelto a ser su yo bromista e infantil. Estuvo de acuerdo en que Sören necesitaría ayuda para dirigir el asentamiento desde el nacimiento de su hijo.

—Nos volveremos a ver, hermanos. Este no es el final de nuestro viaje juntos —dijo Abjörn. Todos se separaron, dirigiéndose a descansar bien, con sentimientos encontrados. Estaban tristes por separarse una vez más, pero felices de que su guerra finalmente hubiera terminado y se estuviera haciendo justicia por su padre. Dittmer no tenía ninguna duda en su mente de que él y sus hermanos se encontrarían de nuevo pronto. Sabía que si se corría la voz de que uno estaba en apuros, los otros viajarían desde todos los rincones del mundo para estar a su lado. Para ayudar. Para proteger. Y para luchar por la gloria.

CAPÍTULO
DIEZ

MIENTRAS THESSALY y Dittmer regresaban paseando a su cabaña, Thessaly miraba a su alrededor maravillada. Podía entender por qué él había luchado tan valientemente por este lugar. El amor llenaba el aire, el amor de la familia, los amigos y la comunidad. La gente se ayudaba felizmente y se enorgullecía de sus hogares. Mientras observaba a una joven abrazar a su padre, su corazón se encogió. Echaba de menos a su familia. Hacía mucho que había dejado de pensar en ellos, pues el recuerdo era demasiado doloroso. *¿Estarían a salvo*? *¿Estarían vivos*? No lo sabía, pero anhelaba saberlo.

—Pareces triste. ¿Qué te pasa? —preguntó Dittmer al entrar en su pequeña cabaña. Acunó su rostro entre sus manos y limpió una lágrima perdida con el pulgar. Ella giró la cara y plantó un suave beso en su palma.

—Este lugar me ha hecho pensar. Puedo ver por qué tú y tus hermanos luchasteis tan duro para preservarlo. Puedo sentir el amor y la amistad que irradia de todos. Este asentamiento es realmente un hogar —dijo, interrumpiéndose al sentir que se le formaba un nudo en la garganta.

—¿Echas de menos tu hogar? —preguntó Dittmer. Podía sentir cómo se le rompía el corazón ante la idea de perderla por tierras lejanas.

Ella negó suavemente con la cabeza.

—No el hogar. Mi familia. No me he permitido pensar en ellos durante mucho tiempo. Duele demasiado. Pero después de esta noche, desearía saber si están a salvo —respondió, derrumbándose en el abrazo de Dittmer.

Como alguien que había perdido a su padre, él entendía su dolor. El no saber, el dudar. Algo así destrozaba el alma. La abrazó con fuerza. No sería tan egoísta como para impedirle viajar a su hogar. Si su felicidad significaba perderla, sería un dolor con el que tendría que vivir.

Pero entonces se le ocurrió una idea.

—Viajamos a Dinamarca por la mañana. Una vez que el Jarl haya respondido por sus crímenes, no tenemos que volver a estas costas —dijo.

Alejándose y mirándolo, el corazón de Thessaly comenzó a acelerarse. No quería permitirse tener esperanzas.

—Una vez que hayamos terminado con los asuntos del Rey, podemos tomar un barco y buscar a tu familia —dijo Dittmer. Los ojos de Thessaly se llenaron de lágrimas. Su sonrisa era más brillante que la luna en el cielo nocturno.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, colocando su mano sobre su corazón como si lo protegiera.

—Sí, conozco el dolor de perder a la familia y estar separado de los seres queridos. No quiero estar separado de ti, eres libre, y quiero hacerte sonreír todos los días. Después de Dinamarca, viajaremos a Grecia —dijo.

Thessaly saltó a sus brazos y rodeó su cuello con tanta fuerza que Dittmer temió que le cortara la respiración.

—Nunca antes había estado enamorada, pero no hay otra forma de describir lo que siento por ti —susurró Thessaly mientras le daba un beso de feroz pasión en los labios.

Empujándose fuera de su abrazo, tomó su mano y lo llevó al catre en la esquina. Lo empujó suavemente, y él se sentó, mirándola mientras ella se paraba frente a él.

—Estoy dispuesta, ¿lo estás tú? —preguntó con ojos llenos de lujuria y un brillo pícaro en la mirada.

Dittmer asintió con una risita. Ella se bajó el vestido por los hombros y salió de su ropa. Dittmer se puso de pie, incapaz de apartar los ojos de ella. La rodeó lentamente, pasando sus dedos por su estómago y caderas. Su piel era hermosa y suave, como la seda. Sus nalgas eran redondas y firmes. Sus pechos se erguían orgullosos sobre su pecho, y sus pezones se endurecieron cuando él la tocó. Deteniéndose frente a ella, llevó sus labios a los de ella mientras deslizaba una mano por su muslo y jugueteaba con el pequeño y pulcro montículo de vello que guardaba el lugar que más ansiaba tocar.

Sin apartar sus labios de los de él, Thessaly llevó sus manos hacia arriba para desabrochar sus pieles. La piel de Dittmer se erizó cuando los dedos de ella recorrieron su cuerpo, desvistiéndolo. Rompiendo el abrazo, Thessaly besó su clavícula, poniéndose de puntillas para alcanzarla. Dejó un rastro de besos por su sólida forma. Tomando su pezón en su boca, pasó su lengua por su pecho, y Dittmer dejó caer la cabeza hacia atrás, aspirando una breve bocanada de aire. Continuó explorando su torso con su sendero de besos. Se dejó caer de rodillas, pasando seductoramente la lengua por sus labios mientras lo miraba a los ojos. Suavemente, tomó su miembro en su boca, llevándolo más profundo y acariciándolo con su lengua.

Dittmer nunca había sentido un placer semejante. Sus rodillas se debilitaron. Agarrándolo con su mano, lo acarició incluso mientras su boca lo complacía.

—Oh, Thess... —comenzó, el placer que ella le daba lo dejaba incapaz de pronunciar siquiera su nombre. Ella aumentó la velocidad, y Dittmer vio estrellas destellando en sus ojos; era espectacular—. Espera —logró decir, aunque apenas fue un susurro.

Thessaly lo soltó y se puso de pie. Él la hizo girar y la sentó en la cama sin decir una palabra. Quería saborearla como ella lo había saboreado a él. Le separó las piernas y dejó un rastro de besos a lo largo de su muslo interno, besando en todas partes menos en la parte que más necesitaba ser besada.

Podía notar que ella lo deseaba, y disfrutaba provocándola. Ella abrió la boca para pronunciar su nombre cuando él rodeó con su boca el tierno botón entre sus piernas, succionándolo.

Sintió cómo ella temblaba ante su contacto. Su respiración se aceleró mientras su lengua la provocaba. Oleadas de placer se apoderaron de ella al sentir que su clímax crecía. Él quería oírla gritar de placer. Dittmer separó sus labios y hundió sus dedos profundamente, cubriéndose con su dulce néctar. Con la otra mano, alcanzó y ahuecó su pecho. Cabía perfectamente en su mano.

—Dittmer.... Dittmer —comenzó a jadear mientras sus dedos se enredaban en su cabello. Él sintió cómo su agarre se apretaba mientras ella arqueaba la espalda y gritaba de éxtasis, su cuerpo temblando con el placer que se elevaba como fuego en sus venas.

—Aún no he terminado contigo —sonrió Dittmer mientras llevaba su boca a su pecho, luego la besó profundamente. Ella podía saborear su placer en su lengua, y eso envió el fuego del deseo corriendo por sus venas.

—Bien —sonrió mientras se dejaba caer en la cama, ansiosa por que él la tomara.

Ya no podía contenerse más. Había sentido lo apretada que estaba con sus dedos. Había

saboreado su dulzura. Necesitaba sentirla a su alrededor. En un rápido movimiento, la penetró, y ambos gimieron de placer. Encajaban perfectamente. Él la dilataba, y ella se ceñía a su alrededor. Thessaly envolvió sus piernas alrededor de su cintura y se aferró a sus hombros mientras él comenzaba a moverse lentamente dentro y fuera de ella.

A medida que su placer crecía, sus gemidos se sincronizaban. Aunque hacer el amor era ardiente, intenso y hermoso, Thessaly necesitaba más. Lo había deseado desde que se acurrucaron en la bodega. Lo había deseado aún más mientras lo observaba en la batalla, y ahora lo necesitaba más que nunca.

—Tómame como lo harías con una mujer vikinga —le susurró al oído.

—¿Estás segura? —preguntó él con una sonrisa maliciosa.

Ella asintió, mordisqueándole el lóbulo de la oreja para enfatizar cuánto deseaba esto.

Sus embestidas se volvieron más fuertes y rápidas, el sonido de sus cuerpos chocando y sus gemidos de placer llenaron la cabaña. No pasó mucho tiempo antes de que Thessaly sintiera su clímax construirse nuevamente. Pero esta vez fue con una intensidad que nunca había experimentado. La abrumó, enviando su visión al blanco mientras temblaba bajo Dittmer. Arqueó su espalda al sentir que el éxtasis de él se encontraba con el suyo.

Se derrumbaron el uno sobre el otro, Dittmer apoyando su cabeza en el pecho de Thessaly, escuchando los latidos de su corazón mientras recuperaban el aliento. Sus cuerpos cubiertos de sudor se envolvieron mutuamente.

—Ahora eres mío, Dittmer —suspiró ella, besando su frente y jugando con su largo cabello empapado de sudor.

—Y tú eres mía, mi dulce y hermosa Thessaly —gruñó él, mientras la atraía hacia sí, dejando que el sueño los llevara a ambos a soñar con el futuro que sería suyo.

FIN

¿Disfrutaste la historia de Dittmer y Thessaly?
Por favor, considera dejar una reseña en Amazon o Goodreads. Las reseñas me ayudan a llegar a nuevos lectores.

La historia continúa con ***Una Navidad Vikinga*** en ***La Serie Vikingos Ardientes*.**

"Lee *Código Nórdico*, una historia de los Vikingos Ardientes, GRATIS cuando te suscribes a mi boletín."

Para recibir actualizaciones sobre lanzamientos de libros, recomendaciones literarias, curiosidades vikingas, ofertas y SORTEOS, ¡suscríbete a su Newsletter!


PEYTON
LAWSON
ROMANCE WORTH RAVING

SOBRE LA AUTORA

Peyton Lawson escribe apasionantes novelas románticas históricas de vikingos. Cuando no está escribiendo aventuras medievales llenas de acción, disfruta leyendo y viajando.

www.peytonlawsonromance.com

OTRAS OBRAS DE PEYTON LAWSON

The Jürgensen Vikings

Sören: Healed by a Highland Witch

Abjörn: Lured by an English Rose

Erik: Humbled by the Runemaster

Ryker: Bested by the Valkyrie

Dittmer: Enchanted by the Goddess

The Witch's Curse

A Viking Christmas

The King's Raiders

Thyra: Befriended by the King's Raiders

Revna: Charmed by a Brother in Arms

Coline: Worshipped by a Viking

Bodil: Sworn to Protect

Ailsa: Tracking the King's Raiders

The Viking Settlers

Gunnar: Rescued by the Danish Maid

Lars: Challenged by the Maiden

Birgen: Felled by a Sword Maiden

Sten: Forgiven by the Warrior

Pier: Allied with the Norse